

Mohamed, que vivía encima de la tienda que regentaba, hace manualmente las cuentas mientras su mujer española lavaba los platos tras haber acostado a los niños. Ella no sabía que estaba también casado en Marruecos, pero aunque el Islam prohibía mentir, para él la vida consistía en un juego en el que la astucia siempre triunfaba. Para tener contenta a la esposa española, se había inventado una familia falsa en Tetuán, mientras que la verdadera vivía en Tánger.

En los veranos, cuando iban de vacaciones, sobornaba a unos ancianos que se hacían pasar por sus padres.

Luego, para poder visitar a su mujer marroquí, se cogía un coche viejísimo, el primero que encontraba, y se dirigía a su país a comprar los artículos que necesitaba para la tienda.

También aprovechaba el viaje para visitar a otras amiguitas suyas, aunque esas no eran mujeres con las cuales un hombre honrado debiera procrear.

Él, por supuesto, se consideraba moralmente intachable porque su prioridad vital era la de mantener a la familia y hacerla lo más extensa posible.

Aunque aún era joven, tenía ya muchos más hijos de lo que nunca hubiera imaginado, y los que le quedaban.

Importando hachís de modo clandestino, se había montado en el dólar.

Eso, lo de sancionar el consumo de un producto sano y natural, le parecía realmente incongruente por parte de la cultura occidental, mientras que el alcohol, mucho más daño por artificial, estaba permitido.

Pensaba que los occidentales estaban llenos de incongruencias, aunque comprendía que se trataba simplemente de cuestiones de índole cultural.

Algo que sí le gustaba de la cultura europea era el que las mujeres estuvieran liberadas y se pasearan ligeras de ropa para deleite de los varones.

A la suya la había conocido en un restaurante de comida marroquí.

Por aquella época trabajaba como teleoperadora e iba a clases de danza del vientre.

Esa misma noche le pidió que bailara para él y aceptó.

Eso en su país hubiera significado que no debería haber nunca establecido una relación seria, sin embargo al final resultó ser una chica formal.

Por entonces, como llevaba aún poco tiempo en España, creyó que la mayoría eran como ella; pero ahora le parecía que en realidad había sido un milagro encontrar una mujer así.

Para él se trataba de un verdadero tesoro, la alhaja más valiosa que nunca pudiera imaginar teniendo en cuenta como estaba el percal.

La inmensa mayoría le parecían como esos brillantes de plástico con los que se hacían collares y adornaban los vestidos, es decir falsas, de las cuales uno no se podía fiar; cuando un hombre lo que necesitaba a su lado era una compañera fiel que nunca le fuera a traicionar.

A él, si le iba tan bien, era gracias a ella; aunque jamás podría confesárselo porque sino se volvería vanidosa y su alma se infectaría hasta pudrirse.

Si la trataba así, con desdén, era por su propio bien y el de sus hijos.

En el fondo él estaba atento a sus necesidades.

Por ejemplo, ahora, mientras ella fregaba los platos, más que concentrarse en sus ingresos, calculaba por cada ruido que llegaba de la cocina su estado de ánimo.

Por el poco ímpetu con el que lo hacía, deducía que estaba cansada, y entonces iba a tratar de no pasar esa noche demasiado tiempo gozando del sexo.

Si todos pensaran como yo, en la persona que tienen a su lado, el mundo iría mucho mejor, medita olvidándose de sus propios beneficios y pensando en los de toda la humanidad.